

## Vigencia del espíritu quijotesco

Por ÁNGEL LÁZARO

Es muy significativo que todos los grandes escritores españoles de nuestra época hayan ido, sin ponerse de acuerdo, al tema quijotesco, y que lo hayan hecho en plenitud de sus facultades creadoras. Don Miguel de Unamuno, con su *Vida de Don Quijote y Sancho*, Azorín con *La ruta de Don Quijote*, José Ortega y Gasset, Gabriel Alomar, Manuel Azaña, Ramiro de Maeztu, por no citar sino los más notables, han vuelto a la obra de Cervantes, con libros, glosas y ensayos, para buscar en ella su sentido actual, mejor dicho, su perennidad. Azorín ha dicho que el *Quijote* lo han ido escribiendo las generaciones posteriores a Cervantes. He ahí la vigencia del espíritu de nuestro gran libro.

Cuenta don Antonio Maura en un discurso pronunciado en la Academia de la Lengua, a la memoria de Menéndez y Pelayo, cómo al día siguiente de la batalla de Lepanto, don Juan de Austria, acompañado de don Álvaro de Bazán, pasaba revista a la tropa alineada en la goleta "Marquesa"; había entre la tripulación un soldado andrajoso, tiritando, roído por la fiebre; un hombre anónimo cuya vida alboreaba entonces; jamás la adversidad dejó de acompañarle en el resto de sus días. Al cabo de los siglos, toda aquella grandeza del vencedor, todo aquel imperio, aquella lozanía, se disiparon, desaparecieron en las encrucijadas de la Historia. Sólo permaneció el imperio espiritual, ganado con la pluma de aquel andrajo humano, llamado Miguel de Cervantes Saavedra, que tiritaba en la cubierta, inadvertido de todos.

Cuatrocientos años han transcurrido desde su nacimiento; trescientos treinta y uno, desde su muerte y qué han hecho los siglos, sino agigantar su figura, hacerla cada vez más viva, más cercana. Tuvo Cervantes la certeza de su gloria. El genio es casi siempre consciente de su misión, de su mensaje. Saberse con un alto destino, y verse obligado a desempeñar el modestísimo destino de alcaballero -el prosaico y enojoso recaudador de contribuciones, de nuestros días- debe de ser, sin duda, amargura de las amarguras.

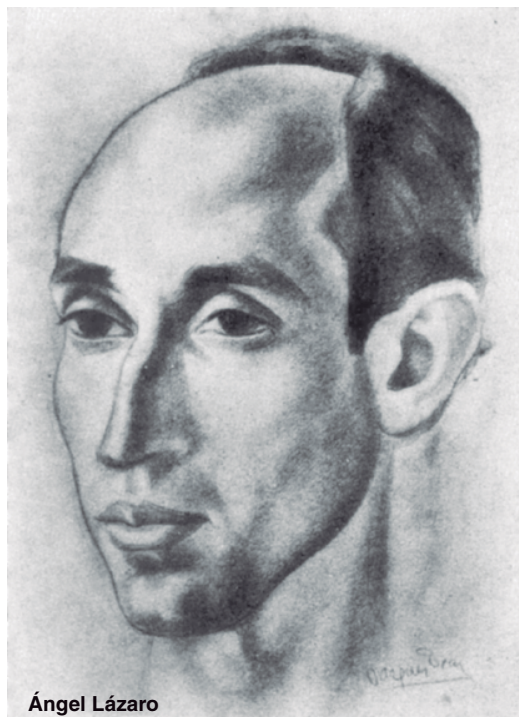
Que Cervantes sabía muy bien lo que se hacía y quién era -como su Don Quijote cuando dice: "Yo sé quién soy"- se ve con certidumbre que produce escalofrío en el soneto con que saluda a su héroe: Vive seguro de que eternamente, /en tanto, al menos, que en la cuarta esfera/ sus caballos aguije el rubio Apolo, / tendrás claro renombre de valiente; /tu patria será en todas la primera, / tu sabio autor, al mundo único y solo.

"Tu patria será en todas la primera." Y lo es en cuanto al espíritu, porque no ha dado el espíritu humano

obra más alta que el *Quijote*; y a España se la conoce con el nombre de la patria de Cervantes. "Tu sabio autor, al mundo único y solo." ¡Qué don de profecía! Lo tiene siempre el poeta, que es el hombre que primero sueña su vida, y luego la realiza, del mismo modo que ve el poema -un poema es el *Quijote*- entre la bruma de su cerebro y lo hace surgir sobre el papel con la claridad de una alborada. La palabra es entonces como una alondra que se alzase del surco, buscando la luz.

¡Y cómo sintió Cervantes esta fruición de la palabra! No con postizos culteranos, sino en el sonoro, cálido, gozoso discurso de don Alonso Quijano, y en los refranes y las sentencias del cazarro y leal y sensato labriego Sancho Panza. Lo que le da al libro inmortal de nuestra lengua uno de sus valores esenciales, es precisamente la raíz popular de que se nutre y la tierra con que está amasado.

Parecía hasta entonces de buen tono seguir el molde de las antiguas literaturas, discursar y lucubrar alrededor de Platón, Aristóteles, Plotino... Nos habla de ello Cervantes en el prólogo de su obra maestra, y él mismo no pudo sustraerse en otras novelas suyas al afán de demostrar que era "un hombre enterado"; eso que hoy llamaríamos un doctor, un profesor, un "intelectual"... Pero él no era un intelectual, sino un inventor, un



Ángel Lázaro

creador, es decir, un poeta, que, como se sabe, quiere decir inventor de alguna cosa. Y es curioso que sea Cervantes -siendo el menos "preparado" entre los ingenios del gran siglo de nuestra literatura- quien marque verdaderamente la gran línea del Renacimiento... Es Miguel de Cervantes el gran hito que separa dos eras, dos formas de vida. Ni en Lope, ni en Calderón, ni en Quevedo mismo, hay esa línea divisoria. En Cervantes, sí. No hace falta situarnos en su época para comprender su *Quijote* porque su libro es una línea infinita en el tiempo y en el espacio, en lo ético y en lo estético. Ningún dogma detiene a su loco avellanado y magro, quien del mucho leer y el poco dormir, de buscar la razón de la sinrazón, acabó en loco para dar con las razones más altas sobre todos los problemas que angustian a la criatura humana.

Y este sentido cristiano -de tan humano que es esta piedad por todas las locuras y las flaquezas del hombre, se halla en todo el libro, aun en sus pasajes más baladíes en apariencia. Nos hacía reír de niños aquel momento en que Don Quijote en Sierra Morena, para probarle a Sancho que está loco por Dulcinea, se despoja de sus calzones y comienza a dar zapatetas en el aire... y al quedarse solo, comienza a escribir sus locuras -versos para la señora de sus pensamientos- en la corteza de los árboles. ¿No hay como un secreto propósito de burlarse de la gravedad de los grandes héroes de la clásica tragedia, haciendo del protagonista de esta gran tragedia quijotesca, un hombre mortal, de carne y hueso, un pobre hidalgo que muestra su escuálida envoltura humana para quitarse importancia de héroe? Ni la túnica, ni el coturno, ni el pedestal, ni la tribuna. No. Don Quijote no tiene más escenario, ni más cátedra, ni más sitio que los caminos, las chozas de pastores, los patios de las humildes ventas donde paran arrieros zafios y sirven mozas de partido a las que su imaginación convierte en altísimas y honestas doncellas, dignas de los más encendidos madrigales.

Aprendered, aprended... y cuando la vida se os haga fea y difícil, cuando las penurias y los afanes ensombrezcan vuestro día, y os sintáis humillados de viajar en el vehículo sucio, incómodo, atestado de gente grosera, entre pisotones y codazos; o cuando contempléis lo pobre de vuestro ajuar, o lo frugal de vuestra mesa; y los trajines domésticos os envuelvan con su rutina en un vegetal vecino de la muerte, encended en vuestra fantasía aquella luz del viejo hidalgo, y veréis, como él lo veía, abrirse ante vosotros el escenario de la aventura. Alba de oro que nos levanta de todas las pequeñas miserias cotidianas.

No ha de ser este aniversario de Cervantes, una de esas fechas para la simple obligación de movilizar unas fichas en los archivos. Si hay un libro vivo, que acompaña siempre, aun a los que no lo han leído, a esos que no conocen a Don Quijote más que "de oídas," pero que hablan de él como de un hombre que ha existido real y verdaderamente, ese libro es el *Quijote*. (Y una de

las paradojas, de los milagros de este libro es que muchos no lo leen porque creen haberlo leído; no lo saben, de puro sabido que creen tenerlo. Y acaso están en lo cierto, porque cuando una obra tiene el don misterioso de esta, trasciende de tal modo que llega a flotar en el ambiente, generaciones y generaciones, por toda la eternidad, como un don natural que se recibe, tal que la luz o el aire que respiramos).

En lo estético, decíamos, el *Quijote* supone también la línea infinita. La sensibilidad del artista de hoy no necesita forzarse lo más mínimo para afrontar el poema quijotesco como obra de arte. Seguramente, le ocurrirá lo mismo al artista de mañana.

Cuanto a su moral, es decir, a su espíritu, en Don Quijote pensamos siempre que alguien como en el símbolo cristiano -"Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre"- ofrenda su vida, de algún modo, por el bien de sus semejantes, de eso que se llama Humanidad. ¡Qué mentís más patético y rotundo sigue dando la vida a cuantos afirman que se han acabado los Quijotes! En todas las tierras, en todos los climas, el espíritu quijotesco se alza como una llama, lo mismo allá, en los llanos manchegos, cuando vemos salir en un caballejo a un hombre dispuesto a hacer el bien, protegiendo al indefenso Andresillo y enfrentándose con los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que cuando imaginamos en otra mañana a un hombre pálido, vestido de negro, con la frente luminosa y la mirada triste, caer de su caballo -otro "Rocinante"-, columbrando al morir la gloria de una estrella sobre el triángulo rojo de su bandera; o cuando en tierras de Norteamérica, otro hombre que busca en un retiro apacible la medicina para su espíritu atormentado por el espectáculo de la más terrible guerra que vio el mundo, se lleva de pronto la mano a la sien, exhala apenas un gemido, y poco después se estremece el mundo sin dar crédito a la muerte...

Sí; el espíritu quijotesco es inmortal. Sigue habiendo Quijotes, a pesar de los descreídos. Y cada vez que parece arruinado el espíritu quijotesco, y está a punto de triunfar el bárbaro, la bestia que duerme agazapada en el fondo del individuo, se alza en algún lugar de la tierra la lanza generosa, la voz que vuelve al camino al rebaño ciego, empavorecido; el gesto que paraliza a los más escépticos y los hace descubrirse en silencio y alzar los ojos hacia la luz...

LÁZARO, Ángel (Orense, Galicia, 1900 – Madrid, 1985). Poeta, dramaturgo, periodista, ensayista y narrador. De muy joven llegó a Cuba, donde se inició en el periodismo y publicó el poemario *El remanso gris* (1920). Retornó a España después y en Madrid fue redactor de algunos diarios y llevó a escena algunas obras teatrales. Retornó a La Habana tras el estallido de la guerra española. Fue periodista de la revista *Carteles* y de los periódicos *Pueblo* y *Mañana*, así como colaborador de otras publicaciones. Entre sus libros se hallan además *Retratos familiares* (1945), *Canción de Martí* (1953) e *Imagineros: tragicomedia en tres actos* (1958). Tras el triunfo de la Revolución retornó a España. El presente trabajo suyo lo hemos tomado de *Revista Cubana*, Volumen XXII, La Habana, enero-diciembre de 1947, pp. 132 – 137.